Recopilación
DE
Artículos Sueltos

POR

Benjamín Vicuña Subercaseaux

(TATIN)

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

Soc. Imp. y Lit. UNIVERSO
SANTIAGO
1918

Costumbres de Santiago

1.—El día

De 11 a 12

Las ciudades, como los individuos, tienen sus modales i sus costumbres propias. No hai dos ciudades iguales, como no hai dos individuos.

Santiago, capital de Chile, tiene costumbres características, modos de ser que no se encuentran en otra parte.

No es una ciudad madrugadora como Londres que monta a caballo todas las mañanas; ni floja como París que duerme hasta las 12 del día la juerga de la noche anterior. Santiago es un término medio. Para ella todo consiste en encontrarse reunida a las 11 de la mañana en las cuatro veredas que forman el llamado «centro» de la ciudad (Estado, Huérfanos, Ahumada i Portal Fernández Concha).

De ahí no sale; ahí se agolpa: las mujeres, en copioso desfile de mantones de iglesia, de a dos o de a tres, pasan i repasan, frescas todavía de la cara recién lavada (salvo algunas), bonitas siempre, lijero i despreocupadas si son

señoras, dando miradas que parecen relámpagos,—tal es la propiedad de los hermosos ojos,—si son solteras. Estas son las que más van al «centro» por la mañana, porque ellas son las «pololas», las enamoradas o deseosas de casarse, que tienen admiradores, o novios, o pretenden tenerlos.

Ahí están los admiradores, o novios, o que desean serlo, parados en las esquinas en grupos variadísimos; unos son elegantes, a la inglesa, no muchos; otros,—la mayoría,—son muchachos que aun no tienen para comprarse ropa, pero que ya desean casarse... Pueden faltar a todo por la mañana, a la oficina, a la Universidad, al Instituto Comercial, pero de ninguna manera faltarán al «centro», porque en el «centro», entre 11 i 12, el joven santiaguino goza de dos cosas que le son indispensables: el delicado espectáculo de su «prenda» i el dulce sabor de la copita...

En Santiago de Chile hai que ir al «centro» por la mañana a toda costa. En esta ciudad latina,—como en tantas otras del mismo orijen,—la calle hace papel de club, de salón, de espectáculo: en ella se hacen negocios, se conversa de las noticias del día, i se discute de política; en ella se busca a la mujer amada; en ella se asiste al espectáculo de la vida...

Esta manera de ser en la calle da un aspecto mui pintoresco i agradable a las ciudades latinas, a diferencia de las ciudades sajonas, que sólo tienen la calle como vía de circulación.

Para ir por la mañana al «centro» las mujeres tienen el fácil pretesto de las compras: van a las tiendas i a los almacenes. No todos los días necesitan ir, pero todos los días van. El paquete nunca les falta. Es un paquete de apariencia: dentro del envoltorio no hai nada; es lo que sirve de pretesto para ir al «centro» por la mañana. Así como se tiene una regalía o una sombrilla se tiene un

«paquete», parte integrante de la indumentaria matinal de la mujer santiaguina.

Debido a esto, para todos, aun para los estranjeros, es agradable i curiosa la estadía en el «centro» por la mañana. Se asiste a un desfile de mujeres hermosas,—pues esta ciudad las tiene como pocas,—cuyos rostros, ya sean del pálido mate de las razas mezcladas o ya del moreno ardiente de la española pura, encuadrados en el mantón negro, deleitan por sí mismos i por no sé qué estraña orijinalidad. Por esto pienso, i no sin disgusto, que a medida que el uso del mantón de iglesia vaya desapareciendo, o dejando de ser el traje matutino de la santiaguina, esa atrayente orijinalidad va a perderse. Ya se ven sombreros por la mañana en el paseo del «centro», esos sombreros de la variable moda, ahora más grandes que nunca i con más plumas que un papagayo; se ven como islas tropipicales en el mar ondeante i negro de los mantones de iglesia.

Poco antes que el cañón del Santa Lucía anuncie el meridiano, Santiago comienza a dispersarse del «centro», donde, durante una hora, se concentra diariamente. Las niñas se van con el mismo «paquete» con que vinieron i, sin duda, con alguna sensación agradable o triste, que una de estas dos cosas es lo que se saca siempre de las reuniones humanas. Lo mismo se irán los hombres, tal vez; pero de éstos puede decirse con certidumbre que, además de tales o cuales emociones, llevan en el cuerpo tres o cuatro copas...

— —

De 2 a 5

Santiago no duerme ya la siesta como en los tiempos de la colonia. Esto no quiere decir que Santiago violente su tradición de ciudad española, amiga de almorzar largo i de no fastidiarse mucho en seguida hasta que llegue la hora de volverse a divertir. Santiago le deja el trabajo activo a otras ciudades de la República. Ella es la capital, la ciudad que dirije i que tiene derecho a pasarlo bien.

Desde las 2 hasta las 5 de la tarde, la hora del trabajo i de la actividad humana, en Santiago se nota algún movimiento en la calle de la Bandera, cerca de la Bolsa, donde algunos desgraciados i unos cuantos ilusos se obstinan en especular.

También se observa bastante movimiento en el «centro», en las tiendas i los almacenes, movimiento que lo forman principalmente las mujeres. Es la hora en que salen, no ya como en la mañana a mostrarse i a ver, con un paquete artificial, pero sí, a hacer compras, a llevar paquetes de verdad. Las que son madres de familia compran cosas para los niños i pertrechos para la casa; las solteras van a los trapos, a los sombreros, a las modistas, pues apenas ha comenzado una estación cuando ya viene otra i hai que cambiar de indumentaria...

Esta jira cuotidiana de las esposas i de las hijas por el centro comercial de la ciudad, constituye el desagrado i la inquietud de los maridos i de los padres. Vivimos en un tiempo en que un sombrero de mujer, una capa de teatro i dos o tres alhajitas de poca monta, cuestan lo que hace cuarenta años costaba una chacra no lejos de Santiago.

Nuestras esposas i nuestras hijas no injustamente tienen fama de consideradas i económicas: no gastan más de lo que pueden: viven sin sufrir en la mediocridad, como viven sin orgullo en la opulencia. Pero esas endiabladas fran-

cesas que rejentan las casas de moda, i esos pícaros joyeros de Huérfanos i Estado, arreglan sus vidrieras de tal modo seductor, que en lo mejor de los buenos propósitos, señoras i niñas caen en tentación,—sér que se perdió por una manzana cómo no había de perderse por un collar, —i de pronto le llega al marido o al padre una cuenta por $ 800.

«¿Qué has comprado, criatura de Dios?»

«Nada... un sombrero i una boa»... O bien «un anillito para la Carmela... tú sabes que se casa, la pidieron ayer...»

«Pero $ 800 es la décima parte de la renta anual!...»

La mujer se arrepiente: ya que no le es posible devolver los objetos comprados, se confiesa con el señor Grossi (1), quien la sermonea desde el púlpito de la Catedral, le echa la culpa de la crisis económica, pero es inútil. Poco después la tentación vuelve a triunfar. Habría que impedirle a las mujeres de Santiago que salieran al «centro» entre 2 i 5.

Este mal rato (de 2 a 5), los caballeros,—que en su mayoría son hacendados, i cuando están en Santiago nada tienen que hacer,—se lo van a pasar al Club de la Unión, fumando, charlando de política o negocios, bebiendo, jugando dominó; en jeneral lo que se hace en el club no es mui interesante.

Los muchachos prefieren pasar la tarde vagando por el «centro», al cual, a esas horas, las mujeres atareadas en sus compras, prestan mucho atractivo. Es la hora en que, las calles centrales de Santiago, toman todo su aspecto de calles de ciudad latina i meridional, poseída de vagomanía i de amor al sol.

En los jardines públicos, en el Santa Lucía, en las plazas apartadas, suelen sorprenderse, entre 2 i 5 de la tarde, parejas de enamorados. Son las horas de trabajo i con-

(1) El canónigo don Baldomero Grossi, confesor de las familias distinguidas de Santiago en los años a que esta crónica corresponde (1908).

fianza, i también las horas de despreocupación de que se valen los amantes contrariados para reunirse.

Dentro de las casas las señoras se ocupan de cosas domésticas; las niñas menores tocan «ejercicios» en el piano i las mayores preparan su «toilette» para la tarde. Algunas leen, si bien éstas son mui pocas; en jeneral, la mujer santiaguina no es afecta a la lectura.

Así se pasa la tarde en esta bendita ciudad.

De 5 a 7

Esta es la gran hora, la hora de la desocupación i del paseo, que Santiago espera con impaciencia durante todo el día, como si éste fuera en realidad lo que dice el poeta:

«El día es para el mal i los afanes
Hé aquí la noche plácida i serena...»

De 5 a 7 salen todas las niñas i no pocas señoras con sus mejores vestidos i sus sombreros más fenomenales.

Las señoras jeneralmente salen en carruaje: en el verano van al Parque, i en el invierno a voltejear por el circuito reducido del «centro» (Huérfanos, Estado i Ahumada). Bien pudieran ir a pie, pero no: el carruaje le es indispensable a la señora santiaguina; no porque ella sea incapaz de andar, o de ir en tranvía, ni porque esta ciudad, reducida i mal pavimentada, haga del carruaje un objeto de escursiones largas o agradables, pero sí porque la «victoria», con llantas de goma i caballos ingleses, entra en el ajuar de la mujer casada, es un símbolo de su nuevo estado i dignidad, una manifestación esterior de la pros-

péridad del hogar. Sé de muchos jóvenes que se han amado verdaderamente i que han preferido separarse porque, económicamente, la combinación de ambos no daba para «victoria». Sé de hogares en los cuales se come mal i todo es escaso puertas adentro, pero la «victoria» con caballos ingleses i llantas de goma no falta a la puerta; i mientras así suceda, el público respetará a esa jente. Hoi día, en la buena sociedad de Santiago, no se pueden casar quienes no tienen coche. El antiguo i romántico refrán de enamorados: «Contigo, pan i cebolla», se ha cambiado por: «Contigo, palco i «victoria».

Las solteras son menos exijentes, o bien contienen sus exijencias para darles rienda suelta después de casadas. Ellas van a pie, de 5 a 7: van por todas partes, al «centro» en invierno, a la Alameda en verano, en parejas o grupos encantadores; vivas, charladoras, dando miradas que producen incendios, hijas todas de una raza cosmopolita, en el fondo de la cual, sin embargo, el fuego andaluz no se ha estinguido; mui elegantes, pues la facultad del buen gusto parece ser nativa en la mujer de Santiago, i es lo que suele darle a esta capital tan defectuosa, un aspecto grato para el hombre refinado, un aspecto parisiense.

Pueden seguirse los movimientos de una sociedad humana durante el día, como se siguen, durante la estación, los movimientos migratorios de las sardinas.

Santiago es una ciudad que para todo tiene días fijos; i es imposible hacerla alterar sus costumbres. Los lunes, miércoles i viernes, por la tarde, o por la noche si es en el verano, el Santiago elegante va un poco a todas partes, a la Alameda, al «centro», hasta el cerro Santa Lucía, lo cual es una estravagancia, tal vez por lo mismo que ese es el más raro i lindo paseo, no sólo de la ciudad, sino del mundo. Pero no habrá fuerza humana que haga a los

santiaguinos poner los pies en la Plaza de Armas los citados días.

Recuerdo que, hace tiempo, la autoridad dispuso que el Orfeón tocara los lunes, miércoles i viernes, en la Plaza de Armas, su más escojido repertorio. La magnífica banda municipal, como el personaje de la Escritura, predicó en el desierto. A pesar del poderoso atractivo de la música, ni una alma se apareció. Grupos de niñas i paseantes se asomaban por las esquinas, pero volvían las espaldas: les era imposible ir a la Plaza, no siendo día martes, jueves, sábado o domingo. La banda tuvo que volver a tocar en los días consagrados, pues una orquesta como el Orfeón no está para darle conciertos a las estrellas.

En cambio, los martes, jueves, sábado i domingo, cómo se llena la Plaza de Armas! Es el paseo ideal de la capital de Chile. En una dirección van los hombres, en masa oscura i compacta, deteniéndose a ratos por causa de la aglomeración; en otra van las niñas en curso deslumbrante de vestidos i sombreros, en mascarada de caras bonitas, pero no risueñas. Santiago es una ciudad grave que no sabe sonreír. Sólo conozco una niña que se ríe en Santiago, se ríe sin motivo, a toda hora, en el día, en la noche, como si en ella se hubiese concentrado esta facultad de que todo el país carece. ¡Ah, la encantadora criatura!

Es ahí, en la Plaza, donde se muestran las bellas santiaguinas; es ahí donde se aman con los hombres, que van desfilando en opuesto sentido, mientras las mamás permanecen en los bancos, o en las sillas, por cuyo arriendo el «pololo» de la niña ha pagado gustoso una «chaucha» (1). Quien quiere casarse en Santiago,—deseos que casi todos tienen,—deberá ir a la Plaza en los días indicados. Ahí

---

(1) Moneda de 20 centavos.

se hacen i se deshacen los matrimonios. Si no va a la Plaza quedará solterón.

Ese círculo redondo, al aire libre i con música gratis, es el primer paseo del país: hace veces de salón, veces de espectáculo. En una ciudad como ésta, en que no hai recepciones, ni teatros, ni puntos de reunión, la Plaza es el centro, el eje alrededor del cual, a los acordes de *Los Granaderos* o de la marcha del Tanhauser, jira nuestra vida social.

Los que llegan de Europa, donde las sociedades distinguidas no se reúnen en la plaza pública, quieren reírse de la Plaza, prometen no ir a ella, la llaman «paseo provinciano». Desgraciados! Si perseveraran en tales propósitos morirían de pena i de abandono. En Santiago de Chile el foco de la vida está en la Plaza de Armas, los martes, jueves, sábado i domingo. La Plaza es la juventud, la elegancia, la fortuna, el amor. Venir a la Plaza de Santiago constituye el delirio de la niña de provincia, i con la Plaza sueñan las internas de las monjas de la Maestranza i de Santa Rosa, las cuales no saldrán del claustro para venir a la Plaza hasta que en la Plaza hayan encontrado novio las hermanas mayores.

II.—LA NOCHE

Todos conocen esa comedia de Miguel Echegaraí, llena de realidad i de injenio, que se llama *Los Hugonotes*. ¿Recordáis el primer acto? La mamá, dueña de casa, de cuerpo abultado, toilette descuidada i ceño terco, teje junto a la lámpara; la niña, al otro lado de la mesa, teje como ella; pero hai en su rostro ese aire distraído de la juventud, ese algo que presume ardor, esperanza, ensueño;

el papá, acabándose un cigarro puro, lee un diario de la tarde i bosteza; el chico de diez i ocho años finje leer, pero, en realidad, sólo espera que los viejos se retiren para «echarlas», como diría él mismo en su lenguaje de muchacho diablo.

Ese cuadro de aburrimiento en el primer acto de la comedia de Echegarai, es el cuadro de cada casa en Santiago de Chile en las noches de invierno. ¡Qué queréis! El club ha muerto las antiguas charlas familiares; el lujo ha disminuído las tertulias; el pavimento es malo; el lodo abunda. En Santiago no se puede salir de noche. Después de comer, cada familia se aburre hasta que, habiendo hecho la dijestión, se va a acostar. Menos el chico...

Este sale, indudablemente, cuando todos en la casa duermen. Para no hacerlo habría de no ser joven i de sangre española. De las 10 de la noche hacia adelante, parten numerosos carruajes del servicio público,—casi siempre al galope i llenos de jente bulliciosa,—de las calles centrales hacia el barrio de ultra-Alameda, barrio en el cual, durante toda la noche, por las puertas entreabiertas, se sienten guitarras i voces, de lo que en lenguaje criollo llaman «chingana». La «chingana» es el placer nocturno de la capital de Chile, un placer rústico, demasiado rústico, mui diverso de las juergas refinadas que se arman por la noche en los restaurants de París.

Esta es toda la animación de la ciudad en las largas noches de invierno. Sus calles se ven desiertas, infinitamente prolongadas por los reflejos de las luces en el suelo mojado. Cerca de los clubs se estacionan largas filas de carruajes de posta: los cocheros duermen embozados en el «poncho»; los jamelgos tiritan de frío. De cuando en cuando uno parte, al galope i con jente bulliciosa. Ya sabemos donde va... Luego, en la vereda, desierta como una catacumba, resuenan los pasos de un transeunte. I todo

vuelve al sepulcral silencio... Santiago, que es en el día una ciudad animada, i con ínfulas europeas, retrocede en la noche a lo que era a principios del pasado siglo. Sino hubiesen desaparecido el «sereno» i el «tortillero»,—figura de un tiempo muerto,—creeríamos encontrar, a las 10 de la noche, al encapado lejendario de 1840... A eso de las 12, alguna animación se produce: llenan las veredas hileras de jente, i algunos carruajes particulares resuenan sordamente en sus llantas engomadas. Es la salida de los dos o tres teatros que funcionan en el centro de la ciudad. Eso dura pocos minutos. Después hasta los focos eléctricos se apagan, i la ciudad vuelve a su pesado sueño. Al amanecer, no es raro sentir,—rompiendo el sepulcral silencio de las calles,—el «do» de pecho del *Trovador* o el «visi d'arte» de la *Tosca*, cantados de modo estentóreo i catarroso, por los muchachos diablos que vuelven «cufifos».

Esta es toda la vida nocturna del Santiago invernal. En muchas otras ciudades de gran fama, como Berlín, Madrid i Roma, la vida nocturna no es superior a la de Santiago. Así tiene que ser: las ciudades, como las personas, deben dormir de noche. Mientras más temprano, mejor. Una ciudad para tener vida nocturna, para ser trasnochadora, necesita tener, como París, un vasto elemento de tránsito, ocioso, que está por divertirse. Si no fuera por los estranjeros, que pasan por París en son de juerga, la famosa ciudad noctámbula no existiría.

En el verano es otra cosa. El sol,—eterno salvador del sér mediocre que se llama edil,—lo arregla todo sin cobrar impuestos ni llamar compañías estranjeras. El sol seca las calles i las pone transitables; calienta la tierra, de modo

que la jente, por la noche, pueda reunirse en cualquiera parte, sin necesidad de piso ni de techo. En las noches de verano, todos los puntos de Santiago son magníficos paseos: el Cerro Santa Lucía, la Plaza de Armas, i las demás plazas, la Alameda, el Parque Cousiño, etc., etc. I se ven concurridísimos, porque son gratis...

Santiago de Chile, en el verano, es una ciudad nocturna deliciosa. La mayoría de esta sociedad,—toda ella digámoslo, pues lo son hasta las familias que pretenden no serlo,—es burguesa, buena jente acomodada i vividora, sin remilgos de aristocracia, que goza con poco. Goza escuchando la retreta de una banda de infantería que toca un valse compuesto por el «primero» de la misma banda i en el cual a trechos los propios músicos hacen el coro. Goza tomando helados de canela con barquillos en las innumerables pastelerías que llenan la ciudad. Goza con ir a dar una vuelta en carro: las niñas arriba (en la imperial) con los «pololos»; las señoras abajo, pues la señora santiaguina no es francesa i, por esto, pasados los cuarenta años, nada puede hacerla subir una escalera. Se conceptúa en Santiago, entre las señoras, que no es moral subir escaleras...

El gran elemento de las noches veraniegas de Santiago es el tranvía, o «carro» como aquí se le llama. Nada hai más digno para una matrona de esta noble villa, que irse arrellanada en un tranvía de la «Algemeine», por la línea Providencia o Ñuñoa, mientras sus hijas, arriba, en la imperial, despeinadas por la brisa del Mapocho, cotorrean en grupo o se aíslan con el pretendiente, i, dejando al tranvía que corra, suave i lijero, sueñan en el porvenir de su amor, divagan deliciosamente, se pierden en las estrellas...

Por esto, no hace mucho (1907), cuando la Compañía de Tracción Eléctrica quiso elevar a 20 centavos el im-

porte del pasaje nocturno, la ciudad se levantó en armas (en piedras i pitos, que son las armas de la ciudad de Santiago). No se oponía al alza por la consecuencia inmediata de ésta,—en el invierno Santiago no sale de noche,—pero sí pensando en el verano, en las «caras» noches de paseo en carro con la «prenda», i la familia de la «prenda» que, a 20 centavos, iban a resultarle verdaderamente caras... Si no tanto como a principios del pasado siglo,—cuando no era mucho tener dieciocho hijos,—las familias de Santiago, por fortuna, siguen siendo numerosas. Le corresponde a los enamorados de las niñas el pago del tranvía. Sé de uno que pagó por su «prenda», i la familia de su «prenda», repartida arriba i abajo, la no pequeña suma de 2 pesos. ¡Qué hubiera sido con tarifa de 20 centavos!...

Un paseo mui frecuentado en las noches de verano por la jente de Santiago, es el Parque Cousiño. En ese elegante i espacioso jardín,—a la luz de los focos eléctricos que parecen lunas colgadas de los árboles, escuchando los acordes del Orfeón,—el mundo elegante de la capital se estiende deliciosamente al aire fresco de la noche hasta horas avanzadas. Es un paseo verdaderamente hermoso el del Parque en las noches veraniegas; tiene mucho de europeo por el sitio en que se celebra i por la elegancia de las mujeres. Hai en uno de los costados del jardín del Parque un restaurant que resuena i brilla en las noches con alegría parisiense; en la laguna las luces se multiplican i prolongan la perspectiva con no se qué apariencia veneciana que le da al cuadro más vida i más arte. Sólo la vuelta a la ciudad, después de las 12 de la noche, es bien chilena, porque la Compañía de Tracción Eléctrica en el verano, cuando todos los santiaguinos se trasladan al Parque, sólo pone en esa línea ocho o diez tranvías. De modo que la vuelta es un tole tole, un asalto, una

apretura que asfixia a las señoras gordas i desgreña la «toilette» de las jóvenes, haciendo entrar doscientas personas en un tranvía hecho para llevar cuarenta. Pero eso forma parte de la diversión, es bien chileno, nos gusta, nos devuelve, del europeísmo del paseo, a nuestra índole nacional, pechadora i humorística.

Después nos vamos a acostar. Pero queda hasta las horas de la madrugada un relente de jente alegre que sólo se ve en el verano en Santiago, que establece su centro en el restaurant del Parque i alquila por toda la noche las victorias de la Plaza de Armas.

Así, esta ciudad que durante el invierno no tiene vida nocturna, en las cálidas noches del verano suele amanecerse cantando en coche abierto en el curso pavimentado con asfalto Trinidad que une el Parque con la Plaza de Armas.

BAILES

Si he de tomar nota de las costumbres de la sociedad de Santiago, mal haría en pasar por alto una cosa de grande importancia, que nunca le falta a la capital de Chile en las noches de invierno, que si le faltara, por desgracia, alguna vez, Santiago dejaría de ser «la capital». Me refiero a los bailes, los cuatro o cinco grandes bailes en que, desde antaño, la jente copetona de esta ciudad tiene la costumbre de reunirse en cuatro o cinco noches de invierno, que son las únicas que cuentan i dejan recuerdo. Nuestras madres hablan todavía con calor i entusiasmo del baile dado en la quinta de Meiggs, bajo la presidencia de don José Joaquín Pérez. Del mismo modo

hablarán nuestras mujeres, de aquí a cuarenta años, de tal o cual baile dado en estos últimos tiempos.

Estos tradicionales, opulentos i grandes bailes de la ciudad de Santiago, están constituídos de cierto modo, que los hace ser la fiesta desagradable por excelencia. Desde luego, el dueño de casa, hombre público, personaje copetón, mui relacionado, tiene que invitar a su baile (ya que no sólo lo da con fines de placer social) a «todo Santiago», i hasta un poco de provincia. Esta amplitud produce el primer inconveniente: la aglomeración. Todo Santiago no cabe en una casa particular. En los grandes bailes de Santiago se está como sardinas.

Otro defecto: los caballeros,—es decir los hombres casados,—en jeneral no asisten a los bailes. Van las señoras con sus hijas e hijos. Aquí en Chile un hombre, después de los cincuenta años, no sale de noche, es achacoso. No puede darse vida más corta. En Europa a los cincuenta años los hombres piensan en casarse... No asistiendo «caballeros» a los bailes, las señoras no tienen con quien charlar, ni siquiera con quien pasearse. Forman, las pobres damas, sentadas a lo largo de los salones, inmóviles i soñolientas, en sus vestidos recamados, luciendo, bajo el relampagueo de numerosos brillantes, unas espaldas desnudas ya cansadas de llevar el peso de la vida, una fila deplorable. El baile, para ellas, nada tiene de agradable. Una recompensa sería, para ellas, tener siquiera con quien ir al *buffet* tres o cuatro veces. El buen apetito es un atributo de la madurez. Pero ni esto tienen las señoras en los bailes de Santiago; hai que oírlas, al día siguiente, cómo se quejan del hambre i de la sed... Las señoras van a los bailes por llevar a sus hijas: es uno de los tantos sacrificios que hacen por ellas. Al contrario de lo que pasa en Europa, donde toda fiesta social le pertenece a la mujer

casada, aquí la mújer, desde que se casa, pierde todo interés i todo lucimiento mundano.

Las niñas de Santiago asisten a los bailes con muchísimo placer, los encuentran encantadores i ello parecería natural, pues ahí han de pasar horas de fiesta elegante, bailando, luciendo lujo, juventud i belleza, en consorcio agradable i llano con amigas i amigos, o en solitario coloquio con el enamorado.

Esto del enamorado lo hacen algunas, pero sólo cuando ya se trata de un noviazgo: antes no es permitido el coloquio solitario. Desde su asiento, donde parece aburrirse i dormitar, la mamá no le pierde pisada a la chica: hai que vijilarla; la pobrecita está en la edad en que el corazón suele tener sus impulsos, impulsos que, si a veces dan la dicha, casi nunca dan la fortuna...

Los apartes, lo que los europeos, adaptando una palabra inglesa, llaman «flirt», están prohibidos en los bailes de Santiago. En ellos, por la abundancia de invitados, que produce aglomeración, no es posible bailar. Todo se reduce a dar paseos, que se solicitan suscribiendo previamente una especie de contrato que se firma en la «tarjeta de baile». Este paseo con cada joven no dura más de cinco o diez minutos, pues para cada niña hai cuarenta o cincuenta jóvenes. Esto,—que maldito lo que tiene de agradable (lo agradable está en bailar o charlar libremente con las personas que a uno le gustan),—es lo que constituye para las niñas de Santiago el éxito en los bailes; es lo que llaman «estar atendida». La que se queda mucho tiempo con uno solo,—sin que ese uno sea su «pololo»,—«planchan». I nada hai más espantoso para una joven santiaguina que «planchar» en un baile: es el desprestijio, el ridículo, la ruina social. Las niñas, que gustan de esta clase de fiestas, i van a ellas con muchísimo placer, tiemblan ante la idea de «planchar». En la víspera de un baile,

la niña santiaguina es más atrayente, sonríe, coquetea, se capta el mayor número de jóvenes para que «la atiendan»; influye para que sus amigos sean invitados. La misma dueña de casa toma esto mui en cuenta, pues su baile perderá en prestijio si algunas niñas han pasado mucho rato con el mismo individuo.

Los bailes de Santiago son un sacrificio para las señoras i una pesadez para los hombres que no se avienen a eso de «atender niñas», o sea irse pasando de mano en mano, por dos o tres minutos, una serie de muchachas a las cuales se les dice dos o tres cursilerías, en medio de no se qué atolondramiento que les quita a los bailes, en esta ciudad, el aire tranquilo, espacioso, cortesano i elegante, que deben tener. Los bailes son reuniones para bailar i charlar, para encontrarse con las amigas, para estar con aquéllas que se ama (dos séres pueden amarse sin estar de novios; muchas veces los que están de novios no se aman). Nada de esto pasa en los bailes de Santiago: no se baila, no se charla, no se está con la preferida. Por esto los que no son menos, los que no toman a lo serio aquello de «atender niñas», se quedan como tontos en los umbrales de las puertas, se entabacan en el *fumoir*, o se ponen «cufifos» en el *buffet*. En los bailes de Santiago imperan i triunfan los «chiquillos» i los cándidos.

NOCHE DE TEATRO

Haciendo el estudio de la vida nocturna de Santiago, al referirme a las noches de baile, dije, que eran las únicas que contaban en el invierno, i de las cuales quedaba recuerdo. Dije mal, pues cuentan, también, en las noches del invierno santiaguino, las veladas del Teatro Municipal,

i cuentan grandemente como exhibición de lo que esta ciudad tiene de belleza i de lujo.

El historiador de las costumbres de esta capital no podrá prescindir de dedicarle un capítulo a una noche de gala en el Municipal, cuando las dos corridas de palcos forman como maravillosas guirnaldas de mujeres bonitas i elegantes, mientras atrás, de pie junto a las cariátides que sostienen la fila superior, hombres de frac, correctos, severos, escuchan la música sin dejar de mirar a uno i otro punto de la sala iluminada.

Ese espectáculo, para el observador de esta sociedad, tiene que ser una de las demostraciones más efectivas de cómo ha podido trasladarse la civilización europea a tan lejano rincón del mundo, conservando íntegramente sus caracteres jenerales, su amor al arte i al lujo, su elegancia, la belleza de las mujeres; la cual se vé en Santiago en una proporción mui superior a la de cualquiera otra ciudad latina.

Esto en jeneral. En particular, la sala de nuestro teatro de ópera, llena de jente, presenta una cantidad de detalles característicos, propios de esta sociedad: esas particularidades i deformaciones que ofrece cada rama del árbol latino. La manera de asistir al teatro i de estar en él, es distinta en Francia, en Italia i en España; también lo es en Chile.

Hagámosle notar al observador estranjero las características de la sociedad de Santiago en el teatro; a él se le pueden escapar; a nosotros no, ya que de aquí somos, «nacidos i criados», como dice la jente del campo.

En Europa,—en todo el mundo me parece,—la jente va a la ópera por elegancia, sí, pero más que por elegancia por oír, bien cantada, una hermosa partitura. Los teatros están hechos para eso: las divisiones de los palcos son elevadas, de modo que de uno a otro la jente no se vé;

la sala permanece a oscuras o a media luz; con que el proscenio esté en claro basta, ya que se trata de «ver la representación».

Aquí es todo lo contrario. El principal objeto del Teatro de Ópera no es la representación, pero sí la exhibición de las damas i señoritas en gran toilette; puramente la exhibición i el juego de miradas, no la charla, de ninguna manera, puesto que no es de uso en la ópera de Santiago ni visitar palcos, ni salir al «foyer» en los entreactos, ni tener otra actitud que la mui seria e inmóvil de mostrarse, en rejio atavío, las niñas en los asientos volados, las señoras en el fondo del palco.

La sala está construída para esto: esplayada, los palcos salientes, i sin otra separación que una baranda baja; la iluminación se mantiene «a giorno» tanto en el acto como en el entreacto (sólo ahora en los últimos años, i a trueque de muchas protestas, se ha conseguido disminuir la luz mientras dura el acto).

Que la compañía lírica sea mala o buena, no importa tanto: el Municipal es un teatro de exhibición, no de audición. Tan es así, que, mientras dura el entreacto, nadie se mueve de la platea, el «foyer» permanece solitario, bien podría suprimírsele. Los asistentes a platea se paran junto a sus butacas o llenan los pasillos, entorpeciendo en ellos la circulación. I comienzan las miradas a diestra i siniestra, arriba i abajo, la profusa exhibición de mujeres en gran «toilette»: las casadas con todo su atavío de perlas i brillantes, las solteras en líneas puras i sencillas, con algún cintillo griego en el pelo i un simple hilo de perlas en el cuello, como para demostrar cuán pronto está ese busto para recibir gruesos collares de brillantes, sortijas, «pendatifs», i otras de las formas avaluadas en treinta o cuarenta mil pesos que hai que cumplir para casarse de un modo «comme il faut».

En ningún otro teatro del mundo los anteojos representan más papel que en el Municipal de Santiago de Chile. A los asistentes a dicho teatro no les basta mirarse: necesitan escudriñarse, contarse las alhajas i las arrugas. A los estranjeros esto les llama la atención. I esto,—cuando no se tiene en las amplias corridas de palcos el rostro de alguna mujer preferida,—acaba por aburrir, porque siempre, en el Municipal, en la «A» o en la «B» (1), son las mismas personas. En los teatros de las ciudades europeas, por las cuales pasan millares de viajeros, constantemente hai público nuevo, caras desconocidas. Aquí no. Pero los santiaguinos no se cansan de mirarse i de exhibirse entre sí.

Puede que canse, a la larga, la sala del Municipal; pero la primera impresión es imponderable. He visto a estranjeros,—recién llegados de París o de Londres,—quedarse pasmados: ¡cuánta belleza, lujo i elegancia! Si no fueran tan serias las santiaguinas, tan serias e inmóviles, si se movieran durante la representación, ya para aplaudir a los artistas, ya para charlar, si sonrieran, si dejaran de parecer cariátides embrillantadas i vestidas de seda, creedme que esas dos corridas de palcos serían el más bello espectáculo del mundo.

Pero no. La mujer santiaguina, por raza i por herencia, en público es grave i silenciosa. Conocí hace años una linda niña de esta sociedad, educada en la naturalidad cortesana i espiritual de París. Todo en ella era espontáneo i gracioso. Fué al Municipal, donde su elegancia i su belleza concentraron todas las miradas. Una artista,—no recuerdo cual,—cantaba con primor; la niña que estoi recordando la aplaudió calurosamente con sus finas manos enguantadas. Eso no sólo llamó la atención, sino que produjo escándalo: «¿Has visto?... la Fulana aplaude...

---

(1) Letras en que el abono está dividido.

qué maneras!... I eduque usted niñas en París»... Al otro día, a la joven en cuestión (persona de una grande e influyente familia) sus amigas la saludaron tercas. No exajero.

Al decir que la mayor importancia que nuestra sociedad le da al teatro de la ópera no está en la ópera misma pero sí en la exhibición lujosa a que ella da lugar, exajero evidentemente. Sé de niñas i señoras, apasionadas de melodía, que van al teatro lírico a esperimentar inefables i profundas emociones. Las conozco; me basta con mirarlas desde mi butaca para distinguirlas; no hai pretensión en su «toilette» ni rijidez en su postura; se distraen de lo que las rodea absortas en la audición de los trozos majistrales o sublimes que, con tanto sentimiento como vigor, concerta i dirije el maestro de la orquesta. Ellas no son muñecas de la moda: son mujeres que tienen alma, mujeres que sienten. Pero son pocas: no constituyen, en la sala de nuestra ópera, la nota jeneral.

El verdadero juicio artístico de las compañías líricas que vienen a Santiago lo dan los palcos de tercera fila i la galería. Ahí se agolpa,—en cantidad reveladora de cuánto gusta la música en las clases medias i bajas,—una muchedumbre entusiasta pero no inesperta, sin reserva i rechaza lo malo con estrépito: dos cosas que la jente de los palcos i la platea no hará jamás, porque es jente de una sociedad poco espontánea, mui vijilada por sus preocupaciones i desconfianzas (lo cual es provinciano). Un santiaguino «chic» no aplaude lo que le gusta por temor de parecer contentadizo, ni pifia lo malo por natural moderación. Por esto, en el Municipal, el fallo de los artistas, el éxito de las compañías, está en el anfiteatro i en el gallinero ($ 1 la entrada).

Cuando se canta el Himno Nacional, en las noches de Setiembre (fiestas patrias), toda la sala se pone de pie.

Ofrece entonces su más bello e imponente golpe de vista. Las mujeres en los palcos elevados destacan sus hermosos cuerpos en elegantes i riquísimos atavíos, completos, desde el ruedo de la pollera hasta la diadema de la frente. Pero esas son las únicas noches del año,—18, 19 i 20 de Setiembre,—en que las santiaguinas, en el Teatro Municipal, se muestran de la cintura para abajo. El resto del año,—seguras de no moverse del mismo asiento durante toda la representación,—solo se preocupan del busto i de las joyas, dejando de la cintura para abajo una simple pollera, a veces no mui limpia. Esto es humano; el refrán lo dice: «Ojos que no ven corazón que no siente».

En cambio, lo que se vé, que bien lo adornan! I qué poderoso encanto le dan las mujeres de Santiago a la sala del Teatro Municipal!

III.—EL MATRIMONIO

Dicen que en el Perú los noviazgos son mui largos. Todos están de novios, pero es raro que alguien se case: falta dinero.

La sociedad ha llegado a constituirse de cierto modo que ya es imposible casarse, como antes, sin dinero. Felices tiempos los de nuestros abuelos! Sé de uno que, en 1828, se casó sobre una fortuna de 600 pesos que tenía; lo cual no le impidió formar una familia, en condiciones mui distinguidas, de veinticuatro hijos... Ahora la renta mínima que exije un matrimonio «comme il faut», es de veinte mil pesos.

Por esto, en el Perú, donde todos están de novios, se hacen pocos matrimonios.

En Buenos Aires, ciudad opulentísima, debía ser lo contrario. Pero, como la sociedad i la familia tienen tantos

enemigos,—factores disolventes que la riqueza parece aumentar,—en Buenos Aires, también, hai pocos matrimonios. A los encantos inefables i sólidos del hogar, los jóvenes bonaerenses, mui acaudalados casi todos, prefieren la vida de club, o los viajes, o los placeres refinados i frívolos de bulevar parisiense. En las ciudades ricas esto sucede; es un defecto: los hombres sólo piensan en casarse cuando ya se acercan al cuartel de invierno. Es triste para las niñas jóvenes i bonitas quitarse el velo de la desposada para ponerse el delantal de la cuidadora de achaques.

Por esto los jóvenes chilenos tienen tanto éxito en la capital del Plata. Se rejistran numerosos casos de distinguidos santiaguinos casados con ricas herederas arjentinas. El chileno de la buena sociedad es mui inclinado al matrimonio; i tanto más lo es cuando éste se efectúa bajo la cláusula dotal...

Si, por causas bien diversas, en Lima i Buenos Aires se hacen pocos matrimonios, Santiago de Chile es la ciudad por excelencia, de los casamientos. Aquí se casa todo el mundo, el rico i el pobre, en buen o en mal tiempo, con cambio a 18 i con cambio a 6 peniques. ¿Qué Domingo pasa en esta feliz ciudad sin que veamos correr, de 11 a 12, de un punto a otro, grupos de caballeros con levita i de señoras con mantilla,—gracioso resto de la indumentaria española? Es la jente que corre de los Padres Franceses al Sagrario i de ahí a la Caridad, a los tres o cuatro matrimonios que a la hora indicada se verifican todos los domingos. Los días domingos, los cupés, con la tradicional cinta blanca en la huasca, se ven, por todas partes; i la crónica social de los periódicos no anuncia otra cosa que casamientos.

Es que esta ciudad no es tan pobre como la antigua de los virreyes, ni tan rica como la factoría del Plata.

Aquí se tiene la fortuna precisa que basta para no vivir solo; i no se tiene la suficiente para entregarse a un celibato alegre. Santiago es una ciudad de término medio, una honesta mediocridad, lo preciso que se necesita para que esta sea la tierra prometida del casamiento.

Esta capital, si por algo es agradable, es por la vida de familia, i por las reuniones más o menos íntimas en las cuales es dable disfrutar del encanto poco común de la mujer santiaguina. Aquí no hai placeres esteriores, esos teatros, hoteles, restaurants i fiestas, que en las ciudades europeas se llevan a la jente fuera del hogar, i, de un modo indirecto pero efectivo, le hacen mal tercio al matrimonio. Aquí no hai otra vida que la de hogar, i, por lo tanto, no hai otra cosa que casarse! Siendo como es la mujer chilena, —buena, bonita i barata,—la obligación no es tan terrible como parece a primera vista. Pero sería mucho mejor, para darle aún más facilidades al matrimonio, que existiera entre nosotros el divorcio. Lo irreparable infunde siempre algún temor...

Andan por Europa, en la filosofía mui avanzada i, por lo tanto, algo nihilista, ciertas ideas que se dicen científicas o proféticas: barrer de la lejislación los resabios sentimentales; devolverle a la mujer sus derechos i su libertad, etc., etc. Estas ideas no significan otra cosa que la destrucción de la sociedad, i la vuelta al animalismo primitivo: rematan en el amor libre.

Quitarle a la lejislación lo que llaman «resabios sentimentales», es quitarle la moralidad i el orden. Devolverle a la mujer sus «derechos i libertad», es ponerla en condición de luchar con el hombre de igual a igual, i ser vencida, por lo tanto. Esto ni siquiera sería galante... La mujer, sér débil, sin derechos ni libertad, tiene un poder inmenso; poder que perdería si se emancipara: el poder

del amor que en la leyenda antigua pone siempre al rei dominado por su esclava.

Los que interpretan la ciencia de este modo, i creen que el porvenir ha de traerle al individuo una completa libertad, son anti-sociales, son egoístas. Digo así porque jamás la sociedad ha podido ni podrá basarse sobre el egoísmo. Luego esas ideas i doctrinas, que le son contrarias al matrimonio, son absurdas, i no tienen porvenir. Son modas impuestas por los jenios estravagantes de Schopenhauer i Nietszche, los cuales, a su turno, se inspiraron en la enfermiza imajinación de Rousseau.

Yo,—talvez por conservantismo acendrado o mediocridad innata,—no entiendo a los escritores «libertarios» que hablan de «la libertad natural, de la mujer esclavizada, i del amor libre». Aquí en Santiago, dichos escritores, no deben tener mucho público. Veo que en esta ciudad,—i de ello me alegro muchísimo,—hai espíritu social, sumisión a la lei, i,—salvo una que otra solterona desesperanzada,—las mujeres no hablan de emanciparse. En cuanto al amor libre, mui poco debe practicarse en Santiago. Si se practicara no se verían, los días domingos, tantos i tantos matrimonios. No sólo los días domingos,—lo cual podría ser tomado por una diversión o pasatiempo,—se casa la jente en Santiago. Hai quienes se casan hasta en día de trabajo...

Aquí debe casarse todo el mundo. Los pocos solteros que hai tienen mala situación. Se desconfía de su vida privada; se les mira aquí, como en Francia a las mujeres divorciadas: de reojo. Se les cree egoístas, avaros, miedosos, incapaces, libertinos. «¿Hombre, cuándo te casas?» —es la pregunta que cien veces al día reciben los solteros de más de treinta años. Parecería que, en Santiago de Chile, los solteros fuesen un elemento incómodo. Se les mira con pena, a veces con impaciencia. Con frecuencia

oigo que se les dice a los solteros, a guisa de sentencia: «Se les da un año de plazo... Si de aquí a un año no están casados, fuera!...»

Esta vehemencia, este loable espíritu casamentero, lleva un poco lejos a los santiaguinos. Aquí la jente vive pendiente de los matrimonios posibles, vive imajinando matrimonios. La frase inicial, en toda tertulia, en toda comida, es el: «¿Sabes?... Fulano se casa con la Mengana...» I vienen los comentarios prematuros. Se les casa porque se les ha visto juntos una vez. Esto suele dar resultados negativos. La obra de acercamiento que precede a todo matrimonio es una obra diplomática que necesita discreción i silencio. Los comentarios santiaguinos, por querer hacer demasiado lijero los matrimonios, los deshacen las más de las veces.

A pesar de esto, todos se casan en esta bendita ciudad. Los que no lo hacen es porque no pueden hacerlo. No todo lo que se quiere se puede...

Se consuelan, los solterones, asistiendo a los matrimonios. Cada domingo asisten a uno: es como una devoción. Sin duda, el solterón, sancionando con su presencia todos los matrimonios, cree contribuir, aunque indirectamente, a la noble i sólida obra social que representa cada nuevo hogar que se forma. «Ya que no podemos casarnos,—se dirán los solterones,—asistamos siquiera a los matrimonios.» Algo es algo...

Los solteros en las ceremonias matrimoniales tienen más éxito que los casados. Se les abre camino en la estrecha sacristía,—convertida en salón de abrazos,—para que lleguen primero a abrazar a los novios. «¡Déjalo!... ¡déjalo!—se oye decir,—a ver si se le pega el Espíritu Santo.» Todas las bromas, todas las alusiones, son para ellos: «¿Cuándo es el tuyo?... Espero que el próximo sea el tuyo... ¿Hasta cuándo nos apestas con tu solterío?...»

I los solterones, sonrientes, abrazan dos veces a la novia, se refriegan con el novio, cojen ramitos de azahares, a ver si se les pega el Espíritu Santo. Es inútil! Hai algunos seres reacios a ese contajio. Conozco solterones que han asistido a más de 10,000 matrimonios. Todavía no pierden la esperanza de contajiarse...

Por todo lo dicho se comprende cuán importante es, en Santiago, la ceremonia nupcial. Es, entre nosotros, uno de los actos sociales de mayor significación. A todo se puede faltar, menos a un matrimonio. Hai que dar fe de la familia que se va a formar. Como toda fiesta que cuenta con público abundante i escojido, el matrimonio se ha perfeccionado hasta llegar a ser uno de los cuadros más atrayentes, más noblemente artísticos, de la vida santiaguina. Las capillas en que de preferencia se celebran,—los Padres Franceses, el Sagrario, la Caridad, o la elegante capilla de San Saturnino, en la Plaza de Yungai,—son de arquitectura hermosa, no tienen la helada solemnidad de los grandes templos, parecen hechas para ese algo divino i a la vez terrenal que el matrimonio significa, para mezclar en sus ojivas el humo del incienso con los perfumes del tocador. Para cada matrimonio la iglesia se engalana profusamente con flores claras; se le ilumina de cierto modo que, cuando la llenan mujeres elegantes,—graciosos rostros modernos en el marco de la mantilla antigua,—sin perder su carácter sagrado, el templo respira cierta atmósfera mundana. La música que se toca es elejida, mística i voluptuosa: predispone al ensueño, extasía deliciosamente, hace pensar en el porvenir de los novios que están prosternados, entre las flores i los cirios, junto al altar.

Siguiendo la tradición hebraica, por la cual el hombre compraba a la mujer en 13 dineros, el novio deposita en la mano enguantada de la joven,—una mano que parece

liriò,—las monedas relucientes que van a parar a la faltriquera del monaguillo. El culto católico ha conservado esa tradición de las «arras»; si bien ella, muchas veces, es contraria a la realidad de las cosas, pues debiera ser la novia quien diera las monedas al joven....

Después, la bendición, las palabras consagradas, la epístola de San Pablo exhortando a la acción social, a la fidelidad i al amor. Por fin la misa que santifica el acto, mientras el Ave María de Gounod, entonada por alguna agradable voz de aficionado (amigo de los novios), vuelve a sumirnos en profunda meditación, en esa atmósfera de ensueño, con la cual gustamos de envolver el acto más hermoso, a veces, cuando se trata de un verdadero amor, i siempre el más aventurado de la vida, el matrimonio!...

La concurrencia se ajita, un murmullo de voces se levanta mezclado con el roce de las faldas de seda. Al centro del templo se abre calle i los novios pasan a los acordes triunfales de la marcha de Mendelsohn. El novio va radiante de felicidad i de orgullo; las suegras van detrás, algo llorosas. Ellas ya saben que no todo lo que viene después son tortas i pan pintado... La figura que atrae todas las miradas, la figura por excelencia, la heroína, es la novia. Vestida de blanco, como una princesa ideal, adornada con azahares,—bajo el velo que, como una urna, cubre su pureza,—la novia se ve bonita aunque no lo sea; i si lo es, se ve de una belleza sobrenatural. Un enjambre de chicos, que parecen ni más ni menos que ánjeles (los sobrinos), se precipitan para llevarle la cola interminable, majestuoso símbolo de la dignidad señorial que desde ese momento le incumbe.

No sólo por lo que tiene de artístico me gusta ver desfilar una novia al brazo del hombre al cual acaba de unir su destino; también me gusta porque admiro en ella cualidades morales tempranamente despertadas. Esas cria-

turas,—muchas de las cuales no han cumplido veinte años, —tienen ya una novela de amor, i afrontan con la sonrisa en los labios los esfuerzos i responsabilidades de la formación de una familia. Apoyadas en el brazo del hombre que aman, desafían valientes el incierto porvenir. Revelan el sentimiento de una sociedad sana, vigorosa, en la cual el corazón de la mujer obedece a jenerosos instintos, sin estar invadido por la frivolidad ni el refinamiento, que todo lo reduce a cálculo. Se admira tanto más esto, cuando se ve casándose a jóvenes que no tienen fortuna. Estos son los enlaces más nobles i simpáticos. En ellos la novia es la mujer ideal, la mujer que ha dejado de ser le muñeca de la moda para convertirse en la heroína del poema de la vida.